

de los historiadores de Francia? ¿Qué es de tantos otros y tan gigantescos tradados? ¿Quién concluirá esos monumentos en derredor de los cuales no se descubren sino los carcomidos restos de los andamios de donde han desaparecido los obreros?

Los benedictinos no eran el único cuerpo sabio que se ocupaba de nuestras antigüedades; tenían en las demás órdenes religiosas émulo y rivales; debemos á los jesuitas la coleccion de los *Hagiographos*, que tomó el nombre del literato que la comenzó. ¿Qué ignoraba mi compatriota el padre Hardouin, á pesar de ser algunas veces su talento algo singular? No debe pasarse en olvido al padre Labbe, pues él suministró el plan y la lista de los autores de la coleccion Bizantina, y publicó los ocho primeros volúmenes de la edicion de los concilios. El padre Petau es el oráculo de la cronología, y el padre Sirmont ha dado á luz la Noticia de las dignidades de las Galias y las obras de Sidonio, Apollinario, etc., etc.

Los sacerdotes del Oratorio cuentan en su orden á Carlos Lecointe, autor de los *Annales Ecclesiastici Francorum* continuados por Gerardo Dubois y por Julio Liorot, sus cohermanos. Debemos á Santiago el Largo, la *Biblioteca histórica de la Francia*, corregida y aumentada por Ferret de Tontette, etc., etc.

La magistratura parlamentaria con el canceller á su cabeza, era un cuerpo letrado que dirigía los trabajos y no se desdeñaba de poner mano en ellos; esto se echará de ver cuando indiquemos manuscritos que han de consultarse y las empresas paralizadas por la accion revolucionaria.

La Academia de las Inscripciones trabajaba por su parte en las Investigaciones de nuestros antiguos monumentos; he contado en sus Memorias mas de doscientos cincuenta y siete artículos sobre todos los puntos controvertibles de nuestra arqueología. Hallábanse los miembros de esta ilustre academia encargados de varios trabajos considerables que se ejecutaban, con el concurso de las luces de diferentes sociedades, y bajo el patrocinio del gobierno. Mas dichosa que la congregacion de San Mauro, la Academia de las Inscripciones existe todavía y ve á su cabeza á sus beneméritos gefes, los Dacier, los Sacy, los Quatremér de Quincy, sabios de raza, como los Bignon, los Valvis, los Sainte-Marthe, cuyos compañeros siguen siendo entre nosotros los intérpretes fieles de la antigüedad.

Al lado de estos tres grandes cuerpos de benedictinos, magistrados y académicos, se veian los hombres aislados, como los Ducange, los Bergier, los Lebeuf, los Bullet, los Decamps y tantos otros: sus concienzudas disertaciones han arrojado la mas viva luz sobre los puntos oscuros de nuestros orígenes. Inútiles es indicar lo que se ha de elegir en estos autores. ¿Qué pozo de ciencia no es Ducange! Es cosa que maravilla.

Recomiendo principalmente á nuestros historiadores futuros mas detenida la lectura de los Concilios, de los anales particulares de las provincias, de las costumbres de estas, tanto latinas como galas: en ellas se encuentra, mezclada con las Vidas de los Santos, la verdadera historia de Francia en los ocho primeros siglos de nuestra monarquía.

Y no obstante, estos materiales impresos, cuyo número abruma la imaginacion, no son sino una parte de los documentos que deben consultarse.

Los Archivos, el Gabinete, ó el Tesoro de Pergaminos, las listas y registros, del Parlamento, los manuscritos de la Biblioteca pública y las demás bibliotecas, deben llamar nuestra atencion. No basta buscar los hechos en ediciones cómodas, sino que se necesita ver con los propios ojos lo que puede llamarse la fisonomía de los tiempos, los diplomas que tocaron la mano de Carlo-Magno y la de San Luis; la forma exterior de los documentos, el papiro, el pergamino, la tinta, la letra, los sellos, las viñetas: es preciso, en fin, manejar los siglos y respirar su polvo. Entonces,

el hombre estudioso vuelve, cual un viajero en regiones desconocidas, con un diario escrito en los mismos lugares, y un cartapacio lleno de dibujos tomados del natural.

En una nota sustancial ha dado Mr. Champollion Tigeac algunos datos que creo de mi deber reproducir.

«Propusieronse hace ya mucho tiempo, reunir en una sola coleccion general todos los documentos auténticos relativos á la historia de Francia. Colbert y d'Aguesseau pusieron los primeros cimientos de esta coleccion: el establecimiento, en 1759 del *Depósito de legislacion*, conjunto metódico de todas las leyes del reino que ascendió á mas de trescientas mil piezas, y que debe existir todavía, ya sea en la Chancillería ya en los archivos reales producía, como una de sus dependencias naturales, la reunion de todos los monumentos históricos que fuese posible descubrir; y Luis XV ordenó esta reunion en 1762, siendo ministro Mr. Bertin. Los decretos del consejo de 8 de octubre de 1763, y de 18 de enero de 1764, arreglaron el orden del trabajo y de los gastos, reclamando el celo y el concurso de todos los sabios para este objeto grandioso de utilidad pública: establecieron en 1779 conferencias muy propias para regularizar tantos y tan honrosos esfuerzos; excitáronlos mas y mas por medio de nuevas disposiciones añadidas á las precedentes en 1781, durante el ministerio de monsieur Maurepas, y aumentaron en 1783, mediante la influencia de Mr. d'Ormesson, los fondos destinados á los gastos del gabinete. Mr. de Calonne propuso en 1783 nuevos medios de emulacion que fueron de general utilidad, y el clero se asoció á la empresa en 1786, añadiendo á los subsidios concedidos por el rey un suplemento, tomado de los fondos que dedicaba á la historia de la Iglesia.

«Los estados de las provincias imitaron este generoso ejemplo: las órdenes de Mr. de Calonne procuraron en 1787 el concurso de todos los intendentes; y la organizacion del trabajo sabiamente centralizado en las manos del Historiografo de Francia, Moreau, bajo la autoridad del ministerio, hizo que todos estos esfuerzos fueran útiles y fructuosos. Los hombres instruidos de todos los países ansiaban el honor de concurrir á la obra: el rey honraba su afán y recompensaba sus servicios mas notables con gracias de todas clases. La Congregacion de San Mauro y la de San Vannes habian derramado sus obreros más hábiles por todos los puntos de Francia donde se podian hacer indagaciones; los documentos llegaban con abundancia y todo parecia asegurar la próxima publicacion del Rymer francés, mejor concebido y mas útil que el de Inglaterra; un decreto de 10 de octubre de 1788, aseguraba mas y mas tan precioso resultado á la historia de Francia, y la impresion del primer tomo que contenia los documentos relativos á la primera raza, hacia rápidos adelantos cuando ocurrió la revolucion. Un decreto de 14 de agosto de 1790 ordenó la traslacion de todos los documentos históricos á la Biblioteca real; suscitáronse quejas, y quedaron luego los fondos especiales que le estaban destinados, siendo preciso olvidar por espacio de treinta y seis años esos venerables archivos de la monarquía francesa.

Los trabajos de Baluze, Ducange, Dupuy, d'Achéry, Martene y Mabillon, habian probado bastante que existía, á mas del tesoro de los documentos de la corona, una multitud de manuscritos de sumo interés y á veces de grande importancia, para la historia y el derecho público del reino. Comprendióse desde entonces la insuficiencia relativa de las dos obras emprendidas por órden del rey: la Coleccion de ordenanzas y la de los historiadores de Francia: esta última, según su plan sabiamente concebido, era puramente histórica, no admitía los actos de la administracion general emanados de la autoridad régia: y la primera

abrazaba tan solo las ordenanzas de los reyes de la tercera raza. Habia pues, á pesar de las *Capitulares* de Baluze, inmensas lagunas en los tiempos que habian trascurrido desde el origen de la monarquía hasta el advenimiento de los Capetos, y solo podian llenarse con esa copia de documentos y actas de todas clases depositadas, ó mas generalmente olvidadas en los numerosos archivos de las ciudades, de las iglesias, de los monasterios, de los tribunales y de las casas de los grandes. Tratábase de reconstruir por medio de su testimonio los anales venideros y completos de la Francia, y crear con su reunion en un depósito comun, un centro perpetuo para todas las indagaciones decretadas por el gobierno, ó emprendidas por los particulares.

Este plan no asustó por su extension á los que le habian concebido, ni á la autoridad que debía asegurar su cumplimiento. Pero el trabajo sobre los documentos y diplomas de la historia de Francia, comprendia dos partes distintas aunque estrechamente enlazadas entre sí: 1.ª la tabla general de los documentos impresos; Mr. de Brequigny se encargó de redactarla y publicó tres tomos en folio empezando por una carta del papa Pio I al obispo de Viena que se reputa del año 142 ó bien del 166, y concluyendo en el reinado Luis VII en 1779: la impresion del cuarto tomo se interrumpió en la página 568, que llegaba al año 1213, pero se han conservado algunas colecciones de buenas hojas. 2.ª La reunion mas numerosa que fuese posible ya de escritos originales publicados ó inéditos ó ya de copias fieles de todos los documentos y otros instrumentos históricos no publicados: uniéronse los inventarios de gran número de archivos, muchos cartularios y el despojo de los de la Biblioteca del rey, los registros de los señores terratenientes, las colecciones de piezas formadas por los particulares; los papeles legados por los sabios cuyos trabajos eran análogos á la naturaleza del depósito; por último algunas obras manuscritas que interesaban á la Historia de Francia, y que nunca se ha descuidado salvar de la dispersion: tal es el magnífico manuscrito sobre vitela, que contiene el proceso de Juana de Arco conocido con el nombre de *Manuscrito de d'Urfé*.

El objeto final de la empresa se hallaba fijado desde su principio en el pensamiento de los que la dirigian; mas para alcanzarlo necesitaban ademas de su celo y de sus luces, el auxilio del tiempo y este les faltó. Habíase dado á entender que la coleccion general de tales diplomas podria publicarse completa algun dia: el rey habia hecho concebir en 1782 tan lisonjera esperanza al mundo sabio; y algunos años despues estaban ya en prensa el primer volumen de la Coleccion de los manuscritos y los dos tomos de las Cartas del papa Inocencio III (el jurisconsulto mas hábil de su siglo, y que no ejerció menos influencia en los asuntos de Francia que en los demás Estados de la Cristianidad); el primero, merced á los desvelos de Mr. Brequigny, y los otros dos por los de Mr. Du Thiel, que habia recogido en Roma los materiales. El depósito mismo adquiria una consistencia que acrecentaba su utilidad, pues venia á ser el centro de los grandes trabajos históricos que darán honor eterno á la literatura francesa y preciosos modelos á los pueblos celosos de su propia celebridad. Acudíase á ellos en busca de datos, así para la coleccion de los historiadores de Francia, como para el arte de verificar las fechas y para la nueva coleccion de los Concilios: época siempre memorable de historia literaria francesa, en que bajo la misma proteccion, y por solo el efecto de la régia munificencia, las prensas francesas producian á la vez las cuatro grandes colecciones cuyo mérito era igual á su extension; y al mismo tiempo la *Gallia Cristiana*, la Coleccion de documentos, las Cartas históricas de los papas, la Tabla cronológica de los documentos impresos, la Historia literaria de Francia y

las historias particulares de las provincias por los benedictinos, el Glosario francés de Sainte Pelaye y Mouchet, el Froissard completo de Mr. Dacier, las Noticias y Extractos de los Manuscritos, y las Memorias de la Academia de las Bellas-Letras que han fundado y propagado por el mundo sabio los principios mas sólidos de la erudicion clásica. Estas prosperidades literarias brillaban con todo su esplendor en 1786, y en 1791 no quedaba ya sino el doloroso recuerdo de tantas empresas gloriosas.

Mr. Campollion habla de la interrupcion de estos trabajos; pero como no dice cuál fue la causa inmediata, voy á expresarla.

El 19 de junio de 1792, subió Condorcet á la tribuna de la Asamblea nacional, y pronunció el siguiente discurso:

«Hoy es el aniversario de aquel dia memorable en que la Asamblea constituyente, destruyendo la nobleza acabó de completar el edificio de la igualdad política. Imitadores celosos de tan hermoso ejemplo, lo habeis proseguido hasta en los depósitos que sirven de refugio á su incorregible vanidad. En este dia, y en la capital de Francia, la Razon reduce á cenizas á los piés de la estatua de Luis XIV, los inmensos volúmenes que testifican el orgullo de esa casta. Todavía quedan mas vestigios en las bibliotecas públicas, en el Tribunal de cuentas, en los cabildos y en las casas de los genealogistas; preciso es pues envolver tales depósitos en una destruccion comun. No consentireis sin duda, que se conserve á espensas de la nacion esa esperanza ridicula que parece amenazar la igualdad, puesto que se trata de combatir la mas ridicula, pero la mas incurable de las pasiones. En este momento mismo medita aun el proyecto de dos Cámaras, ó de una distincion de grandes propietarios, tan favorable á los hombres que no ocultan ya cuánto pesa la igualdad sobre su nulidad personal.

«Propongo en su consecuencia decretar, que los departamentos quedan autorizados para quemar los títulos que se encuentran en los diferentes depósitos.»

La Asamblea, despues de haber decretado la urgencia, adoptó por unanimidad el proyecto de Condorcet, que acaba de decir en las últimas frases de su discurso lo mismo que hoy dia se repite, pues estamos ahora en la parodia de aquellos hechos.

El 22 de febrero de 1793 se mandó fuesen quemados en la plaza de las Picas trescientos cuarenta y siete volúmenes y treinta y nueve cajas.

Condorcet, no obstante todos sus afanes, no se creia tan seguro de la igualdad, que no tuviese la precaucion de llevar habitualmente consigo una buena dosis de veneno.

En 1793 el ministro Rolland escribió á los conservadores de la Biblioteca mándandoles que entregasen los manuscritos; contestaron que estaban prontos á obedecer, pero se tomaron la libertad de observar humildemente, que era necesario tambien destruir el *Arte de verificar las fechas y el Diccionario de Moreri*, como emponzonadas con un gran número de artículos semejantes á aquellos de que con tanta razon se queria purgar la tierra. Mas tarde, el comité de salvacion pública mandó que se quitasen las armas de Francia de las cubiertas de los libros de la Biblioteca; y para llevar á cabo la empresa, ajustóse el negocio con un vándalo por un millon y quinientos treinta mil francos.

Cortábase el escudo de Francia con un sacabocado, y se ponía en su lugar un retazo de tafete, y cuando las armas estaban estampadas en una hoja del tomo, era arrancada. ¿No se podría volver á emprender hoy tan bella operacion?

Denuncióse el gabinete de medallas, y destinaronse las de oro y plata á la casa de Moneda para que se fundiesen. El abate Barthelemy se dirigió con este

motivo, á Aumont, amigo de Danton, que hizo anular el decreto, porque Danton solo hacia fundir los hombres. Un cómico ambulante que fue despues guardalacien, solicitó la plaza de conservador de los manuscritos: habiéndole preguntado si sabia leerlos, contestó: ciertamente, pues he hecho algunos. Vendieron al peso manuscritos preciosos á los especieros, y otros, enviados á Metz sirvieron para hacer cartuchos. Cargáronse los cañones con nuestra gloria antigua: los disparos la esparcieron, y de ella surgió nuestra nueva gloria.

La república aristocrática del Directorio, procedió de muy distinto modo que la democrática de la Convencion, mandando corregir en Racine, Bossuet y Massillon, todo cuanto dejaba traslucir religion y realismo. Algunos hombres de mérito se consagraron á estas elucubraciones filosóficas y la correccion de Racine se concluyó no sé por quién.

Es muy posible que no tengamos hoy el furor estúpido de un sabio de la Convencion, ni la cándida animosidad de un ciudadano del Directorio; pero ¿tenemos acaso mas afición á lo pasado? ¿Llegariamos al extremo de tomarnos el trabajo de corregir al pobre Racine, que habria podido hacer algo bueno, si Boileau no le hubiera extraviado su gusto literario, y si hubiese nacido en nuestra época? Tenia en verdad felices dotes intelectuales.

Y sin embargo, ya que unicamente nos convencen los hechos, deberiamos reconocer que lo pasado es un hecho, un hecho indestructible, mientras que lo futuro, que tanto apreciamos, no existe. Hay para un pueblo millones de millones posibles de porvenir, de todos ellos tan solo uno se realizará, y quizás el menos previsto. Si nada es el pasado, ¿qué es el porvenir sino una sombra en las márgenes del Leteo, que quizás no aparecerá nunca en este mundo? Vivimos entre la nada y una quimera.

De la edicion empezada de los Catálogos de los Manuscritos y de la impresion de estos documentos, epistolas y escritos, solo se salvaron algunos ejemplares, como acabamos de leer en la Noticia de M. Champollion; el resto pereció por completo. A los volúmenes impresos y publicados por Brequigny y de La Porte du Theil, *Diplomata*, *Chartæ*, *Epistolæ et alia documenta ad res francicas spectantia*, proceden unos prolegómenos en que se refiere la historia de la empresa acometida, hallándose en ellos cuanto se necesita saber sobre los documentos contenidos en los referidos tomos.

Las pruebas materiales de la falsedad de un acta son bastante fáciles de distinguir cuando se ha estudiado la caligrafía, y los benedictinos dieron excelentes reglas para ello: Pero existen tambien evidencias internas que deben decidir igualmente á los analistas jóvenes: por ejemplo, solo nos quedan seis diplomas reales de Khlovigh, y de ellos solo uno es íntegramente auténtico. Compárense el estilo y la manera con que están escritas tales piezas: léese debajo del acta de fundacion del monasterio de San Pedro de Sens *Ego Chodeveus, in Dei nomine, rex Francorum, manu propria signaviet subscripti*. ¿Como si Khlovigh hablase en latín, escribiese en latín, firmase en latín, y desfigurarse su nombre con la ortografía latina! Despues de esta firma supuesta vienen las increíbles tambien de Clotilde, de los cuatro hijos del rey, de su hija, del arzobispo de Reims, etc.

El diploma auténtico es una carta dictada y dirigida á Euspicio y á Máxima: Khlovigh les hace donacion del sitio llamado Miey, y de cuanto pertenece al dominio real entre el Loire y el Loiret. La carta empieza así: *Chlodoveus Francorum rex vir illuster*, y concluye con las siguientes palabras: *ita fiat ut ego Chlodoveus volui*. Al pié se lee tan solo: *Eusebius Episcopus confirmavi*. Ved aquí al franco en toda la sencillez sálica: *scit, ego volui*.

Glosario de Santa Pelaye y de Brequigny, continuado por Mouchet, se compone de cincuenta y seis volúmenes en folio, de los cuales únicamente dos se han impreso; solo se han salvado tres ejemplares de la edicion, lo demás está manuscrito. Cada tomo contiene cuatrocientas ó quinientas columnas, y de cuatrocientos á ochocientos artículos, siendo un repertorio compuesto á semejanza del plan seguido en el *Glosario latino* de Ducanges y en el *Glosario del Derecho francés* de De Launiers; traduce muchas veces los artículos del primero, añadiéndolos. La edad media entera se halla por orden alfabético en esta coleccion inmensa. Aquellos reyes de Francia que nos mantenian en una ignorancia crasa para oprimirnos mejor; aquellos reyes que hubieran debido nacer todos á la vez en nuestros dias, para aprender á menospreciarse á sí mismos y á sus siglos, tenian no obstante la mania de favorecer las letras: habialas ocurrido sin saber por qué y prematuramente la idea de formar esas grandes colecciones de diplomas. Montagu, secretario y tesorero de los manuscritos en el reinado de Carlos V, habia comenzado ó por mejor decir continuado el catálogo general de los documentos históricos, y nos dice que sus predecesores se habian visto obligados á abandonar sus investigaciones por falta de dinero para seguiras. Enrique II mandó abrir el tesoro de los manuscritos á Juan Du Tillet, escribano del parlamento, el hombre mas versado en nuestras antigüedades que hasta el dia se ha visto, y que habia concebido en casi todas sus partes el vasto plan llevado á cabo en los reinados de Luis XIV, Luis XV y Luis XVI con el apoyo del gobierno, el estímulo del clero, y los desvelos de los grandes cuerpos letrados de Francia.

Habiendo compulsado con sumo trabajo y gastos, dice Du Tillet al rey, infinidad de registros de nuestro parlamento, é investigado las librerías y títulos de muchas iglesias, me pongo á escribir en forma de historia, y por orden de los reinados, las disensiones de esta tercera línea reinante, con sus vecinos; los dominios de la corona por provincias; las leyes y ordenanzas desde la Sállica, por volúmenes y reinados; y en coleccion separada lo que pertenece á las personas y casas reales; la forma antigua del gobierno de los tres estados, y el orden de justicia del mismo reino, con las variaciones que en él han sobrevenido.

Du-Tillet pone á continuacion de sus colecciones los inventarios de los documentos como pruebas é ilustraciones; un solo ejemplo manifestará su exactitud: «Promesa de Eleonora, reina de Inglaterra, de prestar homenaje al rey Felipe, de los ducados de Guyena y condado de Poitou en julio de 1134. En el tesoro, caja inglesa C, y bolsa no numerada.»

Los inventarios de Du-Tillet son el modelo de los catálogos modernos de documentos.

Despues de Du-Tillet, Pedro Pithou, y Marquardo Treher formaron el plan de una coleccion de los historiadores de Francia; plan que empezó á ejecutar Andrés Duchesne, llamado con justicia el padre de nuestra historia: su hijo Francisco continuó la obra que debia constar de catorce volúmenes, y de los cuales se han impreso ya cinco. Colbert confió á una asamblea de sabios el cuidado de proseguir tan ventajosa empresa, cuyos sabios eran nada menos que Le Coiteau, Ducange, Wion d'Herouval, Adriano de Valois, Juan Gallois, y Balue. Ducange propuso una distribucion diferente á la de Duchesne con la insercion de las piezas nuevamente descubiertas.

El arzobispo de Reims, Carlos Mauricio Le Tellier, volvió á emprender el proyecto bajo el patrocinio de su hermano Louvois, y quiso encargar á don Mabillon la direccion de los trabajos. El canciller d'Aquesseau formó en 1717 dos sociedades de literatura para que se ocupasen en la coleccion de Duchesne. Hay un plan de Ducange, notas del abate

Gallois, una memoria del abate de las Tullerías, y observaciones del abate Grant, todo lo cual contribuyó poderosamente á la confeccion de *Rerum gallicarum et franciscarum scriptores*, de don Bouquet. Lancelot, Lebeus, Secouse, Toncemagne y Saint-Pelaye conferenciaban sobre investigaciones en casa de Mr. d'Argenson, del canciller de Lamoignon, ó de Mr. de Malesherbes, su hijo: serie de nombres, contando desde Andrés Duchesne, que podemos oponer á los mas ilustres de Europa.

Deseamos llegue un tiempo, y que no esté lejos, en que vuelvan á emprenderse estos trabajos paralizados por la revolucion, y que se acaben de formar catálogos los manuscritos de la Biblioteca (no sé si debo decir real ó nacional), que yacen miserablemente desconocidos. Así podrian encontrarse, no solo documentos de las antigüedades de los francos, sino tambien de la antigüedad griega y latina. Autores cuyas obras no tenemos, ó que poseemos mutiladas, existian todavia en el décimo, undécimo y duodécimo siglos: sin duda han escapado á los Condorcet de la Edad media, un ejemplar de Tácito, de Tito Livio, de Menandro ó de Sofócles. Deseamos que se mejore la suerte de los hombres dignos que vigilan los depósitos de la ciencia, y que sucumben bajo el peso de un trabajo que se acrecienta diariamente, pues se multiplican los libros y los lectores. Debemos desear que se aumente el número de los discípulos de la escuela de manuscritos. Cuando los Dacier y los Vampract; cuando los demás sabios venerables que nos quedan, hayan pasado de esos sepulcros de los tiempos, llamados bibliotecas, á su propio sepulcro; y ¿quién descifrará nuestros anales? ¿Sufrirá acaso la patria de los Mabillon el oprobio de ir á buscar á Alemania intérpretes de nuestros diplomas? ¿Será preciso que un Champollion germánico venga á leer en nuestros monumentos la lengua de nuestros padres, muerta ya para nosotros? Deseamos, finalmente, que no se incurra en la obstinacion de ensanchar el edificio de la Biblioteca en el terreno en que al presente se halla, y que se adopte el hermoso plano de un hábil arquitecto para reunir el templo de la ciencia al palacio del Louvre: estos son los últimos votos de un francés.

#### ESCRITORES DE LA HISTORIA GENERAL Y DE LA HISTORIA CRÍTICA DE FRANCIA, ANTERIORES Á LA REVOLUCION.

Son harto severos los juicios que al presente se formen por lo que respecta á los escritores que han trabajado nuestros anales antes de la revolucion. Su pongamos que nuestra historia general estuviere por componer; que fuera preciso sacarla de los manuscritos, ó bien de los documentos impresos; que hubiésemos de desembrollar la cronología, disentir los hechos y establecer los reinados; sostengo que no obstante nuestra ciencia innata y nuestra sabiduría adquirida, no podriamos escribir tres tomos. ¿Cuántos de entre nosotros podrian descifrar una línea de los documentos originales, cuántos podrian leerlos ni aun con el auxilio de los alfabetos del método, y de los fac-simile insertos en la *Re diplomática* de Mavillon y en otras partes? Nos aqueja demasiada impendencia por ostentar nuestros pensamientos, y desdeñamos demasiado á los que nos han precedido para humillarnos á hacer el modesto papel de anticuarios de libros y cartularios. Si leyésemos, tendríamos menos tiempo para escribir; y ¿cómo defraudaríamos de nuestras producciones á la posteridad! Por grande que sea nuestro justo orgullo, ¿me atreveré á suplicar á nuestra superioridad que no rompa harto pronto las muletas con que se arrastra, con las alas plegadas? Cuando con datos muy correc-

tos y hechos muy exactos, impresos en buen francés y en caracteres muy legibles componemos á nuestro placer nuevas historias, rindamos algun tributo á aquellos espíritus oscuros con cuyos trabajos nos basta ensartar los harapos de nuestro ingenio para sorprender al universo admirador.

Du-Haillan, Belleforest, de Serres y Dupleix han sido los primeros que trabajaron en la historia general de Francia. Du-Haillan sabe mucho y cosas muy curiosas; tiene fuego, y divierte su independencia moviliaria. En su dedicatoria á Enrique IV dice: «No he querido ser lisonjero ni cortesano, sino historiador verídico: he querido pintar las facciones mas deformes á la par de las mas hermosas, y hablar osada y libremente de todo... He impugnado muchos puntos que apoya la comun opinion de los hombres como la venida de Taramundo á las Galias, la institucion de la ley Sállica, etc.»

Belleforest es difuso, pero su compilacion de las antiguas crónicas pone en camino de descubrir muchas cosas extrañas: Du-Haillan le critica en uno de sus prefacios: «No pertenezco al número de esos escritores atrevidos é ignorantes que abortan libros todos los dias, y que hacen con ellos *espesos bosques*.» Alusion al apellido de Belleforest.

Juan de Serres era protestante; no hay fidelidad en sus citas ni verdad en su cronología y su estilo está recargado de figuras y metáforas. De Serres era sin embargo un sabio: Pasquier y D'Aubigné le han censurado con harta dureza.

Dupleix procede con método, es el primer historiador francés, con Vignier, que anotó en el margen las autoridades: antes de la obra maestra de Adriano de Valois, ninguno habia excedido á Dupleix en la historia de las dos primeras razas, sino Fauchet.

No hablaré de Auligné, aunque bien lo mereciorque se encerró como De Thou en un período particular: la misma razon me hace omitir á Juan L-Caureur: ninguno ha remontado tanto el estilo histórico como este último escritor.

Despues de estos cuatro primeros autores de nuestra historia general, encontramos á Mereray, Varillas, Cordemoy, Legendre, Dame, Velly, Villaret y Garnier.

Nunca podrian escribirse mejor algunas partes de nuestra historia de lo que escribió Mezeray varios reinados. Su compendio es superior á su grande Historia, aunque haya discursos compuestos en el género de Corneille. Las vidas de las reinas son algunas veces modelos de sencillez. En cuanto á la falta de lectura de que se acusa á Mezeray, la mayor parte de sus errores han sido corregidos por el abate Labaureur, Launoy, Dirois y el padre Griffet. Mezeray fue mordaz: nada iguala la libertad de sus juicios: lástima es que su ejecutor testamentario arrojase á las llamas su *Historia de la Gabela*. Amelot de la Houssaye dice que Mezeray ha dejado en sus escritos *una imagen bastante viva de la antigua libertad*. Menaje echa en rostro á este autor que *carece de frases*; Mezeray ha dicho: *Al fin de la segunda raza el reino estaba sujeto á las leyes de los feudos gobernándose mas bien como un gran feudo que como una monarquía*. Cuanto se ha dicho despues sobre los tiempos feudales, no es sino lo contrario de este destello del ingenio.

Luis de Cordemoy publicó, terminándola, la *Historia de Francia* que habia escrito Gerardo de Cordemoy, su padre: Cordemoy era, como Bousset gran cartesiano, y su exacto trabajo es el primero en que empieza á resplandecer el método filosófico.

El abate Le Gendre introdujo en la historia general la pintura de las costumbres y de los trajes: innovacion feliz que abre una nueva senda á la historia. Le Gendre, adulador de Luis el Grande en sus *Ensayos* sobre el reinado de este monarca, juzga con franqueza todo lo demás. Mucho se ha declamado contra Va-

rillas, calificándola de novelesco; y sin embargo, no es tan inexacto como se ha querido suponer. Versado en la lectura de los originales, había perdido en ella la vista; pero se hallaba poseído de la manía mas particular que pueda imaginarse, pues traslada los actos de un personaje á otro cuando este personaje tiene en siglos distintos nombres homónimos ó semejantes: fácil me sería citar ejemplos curiosos de esto.

Después de la obra del padre Daniel no es necesario ya escribir la historia militar de Francia. En fin, sin hablar del *Compendio cronológico*, hartamente elogiado por cierto del presidente Henault, y de los *Ensayos históricos*, hartamente censurados de Voltaire, el largo trabajo de Velly, de Villaret y Garnier es de sumo valor. No eran sin duda unos ingenios los tres últimos escritores, mas ¿en dónde se halla el ingenio? solo en nuestro siglo en que corre las calles al salir de las mantillas, como un polluelo que rompe su cascarrón. A falta de este primer don del cielo, que nos estaba

exclusivamente reservado, hállese en los historiadores que acabo de nombrar, una lectura concienzuda, páginas escritas con estilo castizo, y juicios exactos. Es verdad que estos historiadores equivocaban la fisonomía de los siglos, pero no siempre.

En cuanto á las dos primeras razas, preciso es confesar que Velly es algunas veces ridículo; pero pintaba según el gusto de su tiempo. Khlovigh, en nuestros anales ante-revolucionarios, se asemeja á Luis XIV, y Luis XVI á Hugo Capeto. Hallábase entonces ofuscada la mente con el tipo de una monarquía grave, siempre igual, marchando impasible con tres órdenes y un parlamento con sus largas ropas; de aquí nace la monotonía de las narraciones y la uniformidad de las costumbres que hace insípida la lectura de nuestra Historia General; los historiadores eran entonces hombres de gabinete que nunca habían visto ni manejado los negocios.

Pero si nosotros percibimos los hechos bajo otro



LOS MONGES BENEDICTINOS.

punto de vista, no creamos que esto proviene de la sola fuerza de nuestra inteligencia; hemos llegado después de la caída de la monarquía; medimos en tierra al coloso roto, y le encontramos proporciones distintas de las que parecía tener cuando estaba en pie. Colocados en otro punto de la perspectiva, tomamos por un progreso del espíritu humano el simple resultado de los acontecimientos, el desorden ó la desaparición de los objetos. El viajero que huella con sus plantas las ruinas de Tebas, ¿es acaso el egipcio que se detenía debajo de una de las cien puertas de la ciudad de Faraón?

Lo que principalmente nos ofende en el día al leer nuestra historia pasada, es el no reconocernos en ella. La Francia, de real y aristocrática que era, se ha convertido en republicana y plebeya. Con el espíritu de igualdad que nos domina, nos irrita la presencia exclusiva de algunos nobles en nuestros fastos, y nos preguntamos si no valemos mas que tales gentes, ó

si nuestros padres se ocuparon debidamente de los destinos de nuestra patria. Una reflexión debía tranquilizarnos. ¿Quién de nosotros sobrevivirá á su tiempo? ¿Sabemos cómo se llamaban los miles de soldados que ganaron las grandes batallas del ejército popular? Cayeron á la vista de sus compañeros, muertos un momento después á su lado; y generales que quizás no tuvieron parte alguna en el triunfo, han venido á ser los herederos ilegítimos de aquellos hijos oscuros del honor y de la gloria. Una nación solo tiene un nombre; sus hijos plebeyos ó patricios, no son conocidos sino por un escaso número de los mismos, ora los persiga ó favorezca la fortuna.

Por lo que toca á las libertades, preséntase una observación análoga: los historiadores del décimo séptimo siglo no podían comprenderlas como nosotros; no carecían de imparcialidad, independencia, ni valor; pero sí de las nociones generales de las cosas que el tiempo y la revolución han desarrollado. La histo-

ria hace progresos que no adquieren otros ramos de la inteligencia literaria. La lengua cuando ha llegado á su madurez, permanece en tal estado ó se corrompe: pueden componerse los versos de distinto modo que Racine, pero nunca mejor: la poesía tiene sus lindes en los límites del idioma en que se escribe ó canta; mas la historia, sin corromperse, muda de carácter con los siglos porque se compone de hechos adquiridos y de las verdades encontradas; porque reforma

sus juicios con su experiencia; porque siendo el reflejo de las costumbres y de las opiniones del hombre, es susceptible de la perfección misma de la especie humana. En lo físico, la sociedad con los descubrimientos modernos, no es ya la sociedad sin esos descubrimientos; en lo moral, la sociedad con las ideas desarrolladas en mayor esfera cual lo están en nuestros días, no es ya la sociedad sin tales ideas: el Nilo en su nacimiento, no es el Nilo desembocando en el



CARLO-MAGNO MANDA RECOGER LOS ANTIGUOS BARDITOS.

mar. En una palabra, los historiadores del siglo XIX no han creado nada: únicamente tienen ante su vista un mundo nuevo que les sirve de escala rectificadora para medir el mundo antiguo.

Hecha así completa justicia á los hombres de mérito que han tratado de nuestra Historia General antes de la revolución, diré con la misma imparcialidad que no debemos tomarlos por guías. No podemos dispensarnos de recurrir á los originales, porque estos escrito-

res los leían de otro modo que nosotros, y con otro espíritu: no buscaban en ellos las cosas, que nosotros buscamos, ni las veían siquiera, y desechaban precisamente lo que nosotros recogemos. No elegían por ejemplo en las obras de los padres de la Iglesia sino lo que pertenece al dogma y á la doctrina del Cristianismo: las costumbres, los usos, las ideas no les parecían de importancia alguna: una historia nueva y entera yace oculta en los escritos de los

Padres; y los presentes *Estudios* indicarán el camino de ella. Nada sabemos de la civilización griega y romana del quinto, sexto y séptimo siglos, ni de la barbarie de los destructores del mundo romano, sino por los escritores eclesiásticos de aquella época.

En cuanto á nuestros propios monumentos, faltanos hacer descubrimientos de la misma naturaleza. Antes de la revolución solo se indagaba en los manuscritos lo que tenía relación con los sacerdotes, los nobles y los reyes: nosotros no nos cuidaremos sino de lo que concierne á los pueblos y á las transformaciones sociales, pues esto ha quedado sepultado en los manuscritos. Los escritores ante-revolucionarios de la historia crítica de Francia, son tan numerosos que es imposible indicarlos todos: solo algunos deben considerarse como gefes de escuela.

La *Historia del establecimiento de la monarquía francesa en las Galias* es una obra sólida, frecuentemente atacada y nunca destruida ni aun por Montesquieu, que por otra parte tenía escasos conocimientos en las cosas de los francos. Se plagia al abate Dubris sin confesar el plagio, aunque sería mas leal declararlo.

Lo mismo sucede con el abate Gourey: su *Disertación sobre el estado de las personas en Francia bajo la primera y la segunda raza*, disertación coronada por la Academia de las Inscripciones, ofrece un método, una claridad y una sabiduría no comunes. Cuanto se escribe ahora sobre el mismo objeto, se copia en parte del excelente trabajo de Gourey: razón hay para no rehacer una obra tan bien escrita: mas debía advertirse para que las alabanzas se tributasen al que las merece. Existen hombres destinados á servir de guía á los otros: Pagi será la lumbrera eterna de los fastos consulares: Tillemont es el maestro mas seguro de los hechos y datos de la historia de los emperadores; Gibbon se apoya en él y se extravía, y cae cuando finaliza la obra de Tillemont. Sain-Mare ha desenmarañado el caos de los negocios italianos desde el siglo v hasta el xii. No hacemos mérito de su *Compendio cronológico* cuando nos ocupamos de este periodo de la historia; justo sería, sin embargo, hacerlo tanto mas cuanto mas yerros se cometen sino se sigue á Sain-Mare, que á su vez siguió á Sigonius y Muratori.

Las *Observaciones* del abate de Mabley están escritas en un tono de arrogancia y fatuidad, que las confundiría con las obras de algunos talentos de nuestra época, si la aridez no reemplazase en ellas la hinchazón. A pesar de tanta soberbia, no se encuentran en Mabley sino ideas incompletas, una pretension extremada á la devoción del espíritu, y el deseo de expresar grandes pensamientos en breves palabras; y en efecto escasean las voces; pero aun mas las ideas. Leed en este afectado autor algunos pasajes sobre la trasmisión de las propiedades, pues merecen ser leídos.

Boulaimulliers ha conocido exactamente la naturaleza aristocrática de la antigua constitución francesa, pero incurre en muchos absurdos al tratar de la nobleza; por otra parte es demasiado conciso para que la instrucción indemnice del vicio de su sistema.

Resulta de estos pormenores que han de distinguirse dos escuelas históricas anteriores á la revolución: la escuela del siglo xvii y la del siglo xviii: la una erudita y religiosa, crítica y filosófica la otra: en la primera los benedictinos reunían los hechos, y Bossuet los anunciaba á la tierra: en la segunda, los enciclopedistas criticaban los hechos, y Voltaire los entregaba á las disputas del mundo. La Inglaterra fundaba entre nosotros su escuela exacta mas desembarazada que la nuestra de las preocupaciones anti-religiosas. Nuestra escuela moderna del siglo xix puede llamarse escuela política; también es filosófica pero de distinto modo que la del siglo xviii; hablemos ya de ella.

#### ESCUELA HISTÓRICA MODERNA DE FRANCIA.

La escuela moderna se divide en dos sistemas principales: en el primero, la historia debe ser escrita sin reflexiones, debe consistir en la simple narración de los acontecimientos, y en la pintura de las costumbres; debe presentar un cuadro sencillo, variado y lleno de episodios, dejando á cada lector, según la naturaleza de su espíritu, en libertad de deducir las consecuencias de los principios, y de separar las verdades generales de las particulares. Esta es la que se llama historia *descriptiva*, en oposición á la historia *filosófica* del último siglo.

En el segundo sistema deben narrarse los hechos generales, suprimiendo una parte de los pormenores; sustituir la historia de la especie á la del individuo; permanecer impasible ante el vicio y la virtud, así como ante las catástrofes mas trágicas. Tal es la historia *fatalista*, ó el *fatalismo* aplicado á la historia.

Voy á exponer mis dudas acerca de estos dos sistemas.

La historia descriptiva, llevada hasta sus últimos límites, ¿no participa demasiado de la naturaleza de las Memorias? Los pensamientos filosóficos, empleados sóbriamente, ¿no son, acaso necesarios para comunicar á la historia su gravedad, para hacerle pronunciar los decretos que pertenecen á su postrero y supremo tribunal? En el grado de civilización á que hemos llegado, ¿la historia de la especie puede desaparecer por completo de la historia del individuo? Las verdades eternas, base de la sociedad humana, ¿han de perderse en cuadros que no representen sino las costumbres privadas?

Hay en el hombre dos hombres; el de su siglo y el de todos los siglos; el gran pintor debe dedicarse principalmente á sacar la semejanza del postrero, quizás al presente se da demasiado valor á la semejanza, y por decirlo así, á la copia de la fisonomía de cada época. Puede ser que en la historia, como en las artes, representemos mejor que en otro tiempo las costumbres, las interioridades y todo el material de la sociedad; pero una figura de Rafael, con su fondo descuidado y sus flagrantes anacronismos, ¿no borra acaso esas perfecciones de segundo orden? Cuando se representaban los personajes de Racine con peluca á la moda de Luis XIV, no por eso se sentían los espectadores menos admirados ó conmovidos. ¿Por qué? Porque veían al hombre en vez de ver á los hombres.

Jamais Jphigénie, en Anfile innolée  
N'a couté tant de pleurs á la Grèce assemblée  
Que dans l'heureux spectacle á nos yeux étalé  
N'en a fait sous son verser la Champmeslé.

Mr. de Barante se ha hecho superior á estas dificultades con la supremacía de su talento, y porque no ha ocultado del todo la especie; pero temo que haya extraviado á los imitadores.

Ved aquí lo que me parece verdadero en el sistema de la historia descriptiva. La historia no es una obra de filosofía sino un cuadro: debe unirse á la narración la representación del objeto, es decir, que á la vez se ha de pintar y dibujar; deben ponerse en boca de los personajes el lenguaje y sentimientos de su tiempo, y no mirarlos al través de nuestras propias opiniones, causa principal de la alteración de los hechos. Si tomando por regla nuestras creencias sobre la libertad, la igualdad, la religión y sobre todos los principios políticos, hacemos aplicación de esta regla al antiguo orden de cosas; adulteramos la verdad, y exigimos de los hombres que vivían bajo un régimen distinto, opiniones de que no tenían la misma idea. Nada era tan malo como nosotros pensamos; el sacerdote, el noble, el vecino de una ciudad, el vasallo,

tenían de lo justo y de lo injusto nociones muy distintas de las nuestras: era aquel otro mundo, un mundo sin duda que se acercaba menos que el presente á los principios generales de la naturaleza, pero que no carecía de grandeza ni de fuerza; así lo atestiguan sus actos y su duración. No nos apresuremos á juzgar con tanto desden lo pasado: ¿quién sabe si la sociedad de ahora, que nos parece superior (y que lo es en efecto bajo muchos puntos de vista) á la sociedad antigua, parecerá á nuestros nietos en el trascurso de dos ó tres siglos, lo que á nosotros nos parece la de dos ó tres siglos antes? ¿Nos alegraríamos en el sepulcro de que nos juzgasen las generaciones futuras con el mismo rigor con que juzgamos á nuestros abuelos? La bondad y sinceridad de la historia descriptiva consisten en que pinta los tiempos tales como son en sí.

El otro sistema histórico moderno, el sistema fatalista, presenta en mi opinión, inconvenientes mucho mas graves, porque separa la moral de la acción humana: así considerada, tendrá ocasión de combatirla, al hablar de los escritores de talento que lo han adoptado. Diré tan solo aquí que el sistema que olvida al individuo para ocuparse de la especie, cae en el extremo opuesto al sistema de la historia descriptiva. Anular por entero al individuo, no concederle mas que la posición de un guarismo colocado en la serie de un número, es disputarle el valor absoluto que posee independiente de su valor relativo. Así como un siglo influye sobre el hombre, el hombre influye sobre el siglo; y si el hombre es el representante de las ideas del tiempo, también este es el representante de las ideas del hombre.

El segundo sistema de la historia moderna presenta su lado de verdad como el primero. Es cierto que no puede omitirse hoy la historia de la especie; que existen realmente revoluciones inevitables, porque se operan en los ánimos antes de producirse fuera de ellos; que la historia de la humanidad, de la sociedad general, de la civilización universal, no debe disfranzarse con la historia de la individualidad social, por los acontecimientos particulares de un siglo y de un país. La perfección consistiría en enlazar los tres sistemas: la historia filosófica, la particular y la general; en admitir las reflexiones, los cuadros, los grandes resultados de la civilización, arrojando de los tres sistemas lo exclusivo y sofisticado. Por lo demás, aunque es muy útil profesar principios fijos al tomar la pluma, es en mi concepto una cuestión ociosa el preguntar cómo ha de escribirse la historia. Cada historiador la escribe con arreglo á su propio genio: el uno cuenta bien los hechos, el otro los pinta mejor; este es sentencioso, aquel indiferente ó patético, incrédulo ó religioso: todos los modos son buenos con tal que sean verdaderos. Reunir la gravedad de la historia al interés de las Memorias; ser á la vez Tucídides y Plutarco, Tácito y Suetonio, Bossuet y Froissard, y asentar los cimientos de su trabajo sobre los principios generales de la escuela moderna, tal es el verdadero prodigio. Pero ¿á quién ha concedido jamás el cielo tan raro conjunto de talentos, de los que uno solo bastaría para la gloria de muchas hombres? Escriba pues cada cual como le plazca, como sienta: no debemos exigir del historiador sino el conocimiento de los hechos, la imparcialidad de los juicios, y la hermosura del estilo, si le es posible.

ESCUELA HISTÓRICA DE ALEMANIA. — FILOSOFÍA DE LA HISTORIA. — LA HISTORIA EN INGLATERRA Y EN ITALIA.

Cerca de nosotros y mientras fundábamos nuestra escuela política, estableció la Alemania sus nuevas doctrinas, y nos dejaba atrás en las altas regiones de

la inteligencia: introducía la filosofía en la historia, no esa filosofía del siglo xviii que consistía en pronunciar fallos morales ó anti-religiosos, sino la que se atiene á la esencia de los seres, que penetrando la cubierta del mundo sensible, indaga si bajo de ella existe alguna cosa mas real, de mas vida, causa de los fenómenos sociales.

Descubrir las leyes que rigen á la especie humana; tomar por base de los trabajos las tres ó cuatro grandes tradiciones difundidas por todos los pueblos de la tierra; reconstruir la sociedad sobre tales tradiciones, del mismo modo que se restaura un monumento con arreglo á lo que queda de sus ruinas; seguir el desarrollo de las ideas y las instituciones en esta sociedad: señalar sus transformaciones; inquirir en la historia si existe en la sociedad algun movimiento natural, que manifestándose en épocas fijas y situaciones dadas, pueda hacer predecir la repetición de tal ó tal trastorno, cual se anuncia la reaparición de los cometas cuyas curvas se han calculado: son verdaderamente intereses inmensos. ¿Qué es el hombre? ¿De dónde viene? ¿A dónde va? ¿Qué ha venido á hacer aquí bajo? ¿Cuál es su destino? ¿Los archivos del mundo suministraban acaso respuestas á esas preguntas? ¿Se encuentra en cada origen nacional una era religiosa? ¿Se pasa de esta era á otra heroica? ¿Y de esta era heroica á una social? ¿Y de esta edad social á una edad llamada propiamente humana? ¿De esta edad humana á una filosófica? ¿Hay siempre algun Homero que cante en todos los países, en distintas lenguas, en la infancia de todos los pueblos? Alemania se divide en dos partidos al tratar estas cuestiones: el partido filosófico histórico y el partido histórico.

El partido filosófico-histórico, á cuya cabeza se coloca Mr. Hegel, pretende que el alma universal se manifiesta en la humanidad de cuatro modos: el uno sustancial, idéntico, inmóvil, se encuentra en el Oriente: el otro, individual, variado, activo, se le ve en la Grecia; componiase el tercero de los dos primeros en una lucha perpetua, y residía en Parma; y el cuarto, que salía de la lucha del tercero para poner en armonía lo que era distinto, existía en las naciones de origen germánico.

Así el Oriente, Grecia, Roma y la Germania, presentan las cuatro formas y los cuatro principios históricos de la sociedad. Cada masa grande de pueblos colocados en estas categorías geográficas, deriva de estas posiciones distintas la naturaleza de su genio, el carácter de las leyes y el género de sucesos de su vida social. El partido histórico se atiene tan solo á los hechos y rechaza toda fórmula filosófica. Mr. Niebuhr, su ilustre gefe, cuya reciente pérdida llora el mundo ilustrado, ha compuesto la historia romana que precedió á Roma; mas no ha dado una idea por base á su gigantesco monumento. Mr. de Savigny que continúa la historia de derecho romano desde el siglo poético hasta el filosófico á que hemos llegado, no busca el principio abstracto que parece haber dado á este derecho una especie de eternidad.

La escuela filosófica-histórica de nuestros vecinos procede, según se ve, por la *synthesis*, y la escuela puramente histórica, por el *analysis*. Estos son los dos métodos naturalmente aplicables á la idea y á la forma. La escuela filosófica sostiene que el espíritu humano crea los hechos: la histórica dice que el hecho pone en movimiento al espíritu humano: esta escuela reconoce además el encadenamiento providencial en el orden de los acontecimientos. Estas dos escuelas toman en Alemania el nombre de sistema racional y de sistema sobrenatural.

De concierto con las dos escuelas históricas marchan dos escuelas teológicas, que se unen á las dos primeras según sus diferentes afinidades. Ambas escuelas teológicas son cristianas, mas la una deriva el Cristianismo de la razón pura y la otra de la revela-